

# BURJASSOT Y BLASCO IBÁÑEZ

## Un hombre para la historia

Roberto Blanes, Ángel López, M<sup>a</sup> Amparo López y Vicente Sanchis

El día 28 de enero de 2017 celebramos el 150 aniversario del nacimiento del escritor y político valenciano Vicente Blasco Ibáñez. Con este motivo la Fundación que lleva su nombre ha instado a las instituciones valencianas para que se realicen actividades que promuevan el conocimiento de su vida y de su obra, de las que por desgracia los valencianos ignoran más de lo que conocen, ya que su pensamiento político (firme defensor de la instauración de la República en España) chocaba frontalmente con los intereses de un sistema político basado en la monarquía (la de Alfonso XIII) apuntalada por la dictadura de Primo de Rivera. Tras la caída de la monarquía, víctima de sus propios errores, siguió un breve período histórico en el que el sueño de Blasco Ibáñez se convirtió en realidad, tras la proclamación de la II República española. Desgraciadamente él ya había muerto, pero su figura fue reconocida en toda su dimensión, y el regreso de sus restos a Valencia, en 1933, desde su exilio en Menton (Francia), se convirtió en un homenaje multitudinario en el que se le rindieron honores propios de un Jefe de Estado. Poco después, la guerra civil y la prolongada dictadura franquista volvieron a sepultar su memoria hasta casi borrarla por completo.

Creemos que la celebración del 150 aniversario de su nacimiento es una buena excusa para sacar a la luz la trayectoria vital y la ingente obra de un valenciano de talla universal, que triunfó más allá de nuestras fronteras y que, aún en la actualidad, es más valorado en países como Francia o los Estados Unidos que en España. En nuestro propio municipio pocos conocen que Vicente Blasco Ibáñez mantuvo una estrecha relación con Burjassot, donde vivió algunas temporadas en su juventud, época en la que escribió algunas de sus primeras obras literarias, y que reflejó magistralmente en un capítulo de su novela *Arroz y tartana*.

Precisamente, para dar a conocer a los vecinos de Burjassot el alcance de esa relación (la que mantuvo Blasco Ibáñez

con nuestra ciudad) estamos elaborando un libro, que se publicará en la colección que iniciamos el año pasado en la Universidad Popular de Burjassot, impulsada por la agrupación local de Esquerra Unida, y en el que se reflejará ampliamente esa vinculación, que se inició tras la compra por parte de su padre de un solar en el "ensanche" de Burjassot, en el que construyó una residencia de veraneo. Desde esa casa Blasco Ibáñez contemplaba los Silos y la huerta, y en ella escribió algunas de sus primeras obras de juventud. Pero esa relación fue mucho más lejos, hasta el punto de que nuestra ciudad se convirtió en un lugar muy querido por Blasco, al que acudía (a modo de talismán) para cerrar sus campañas electorales, que le llevaron a ostentar la condición de Diputado en siete ocasiones hasta que, como él mismo decía, se cansó de serlo.



Y Burjassot le devolvió ese cariño apoyándole de forma incondicional y rindiéndole diversos homenajes, dedicándole su calle principal, la calle Mayor, y rotulándola con su nombre; o erigiendo en su honor una estatua, obra del reconocido escultor Francisco Marco Díaz-Pintado, en el centro de la actividad social de nuestro municipio, el paseo de Concepción Arenal. No deja de ser sintomático que, al finalizar la Guerra Civil con la victoria del bando golpista, una de sus primeras actuaciones fuera precisamente destruir dicha escultura para borrar todo recuerdo de su presencia en nuestra ciudad y en la memoria de los vecinos que lo conocieron.

El libro que hemos mencionado, Arroz y tartana, publicado en 1894, recoge magistralmente el ambiente de una parte de la sociedad valenciana, la de la pequeña burguesía, que convirtió a Burjassot en el destino de sus momentos de ocio y veraneo, y que en el último cuarto del siglo XIX impulsó la transformación de aquel pequeño pueblo agrícola en la ciudad que hoy conocemos. Precisamente a esa metamorfosis dedicamos la primera parte de dicha publicación, ya que es difícil de entender el Burjassot actual sin tener en consideración aquella circunstancia histórica, que propició el "ensanche" de Burjassot, y con él la llegada a nuestra ciudad de un numeroso colectivo, compuesto en parte por un importante contingente de trabajadores manuales, que buscaban fijar su residencia en nuestra ciudad, buscando la proximidad al polo de atracción que

representaba la ciudad de Valencia; y por otra parte por un colectivo no tan numeroso, pero más influyente, compuesto por una parte de la burguesía valenciana que buscaba una segunda residencia donde pasar sus ratos de asueto, y que englobaba a pequeños comerciantes y a un número significativo de intelectuales (profesores, escritores, pintores, músicos,...) que dejaron su impronta en nuestra sociedad.

Entrando al detalle de esa relación entre Burjassot y Blasco Ibáñez diremos que, en realidad, se remonta a antes de que su padre adquiriese propiedades en nuestra ciudad. Mucho antes, Burjassot era punto de reunión de los liberales y republicanos valencianos, que año tras año organizaban una procesión cívica que, partiendo de Valencia, llegaba hasta Burjassot para rendir homenaje ante el obelisco dedicado a los "Mártires de la Libertad" término un tanto ambiguo que evolucionó a lo largo del tiempo, y que en su origen hacía referencia a los oficiales y suboficiales fusilados por las tropas de Cabrera tras la acción militar del Pla del Pou.

Es de imaginar que en algunas de aquellas masivas peregrinaciones laicas, en las que se fletaban trenes especiales para transportar desde Valencia a Burjassot a los numerosos participantes, el joven Blasco Ibáñez acudiría junto a sus correligionarios hasta los Silos para rendir homenaje a quienes sacrificaron su vida por la libertad. Pero la primera certeza en este sentido la tenemos cuando documentamos que en 1878

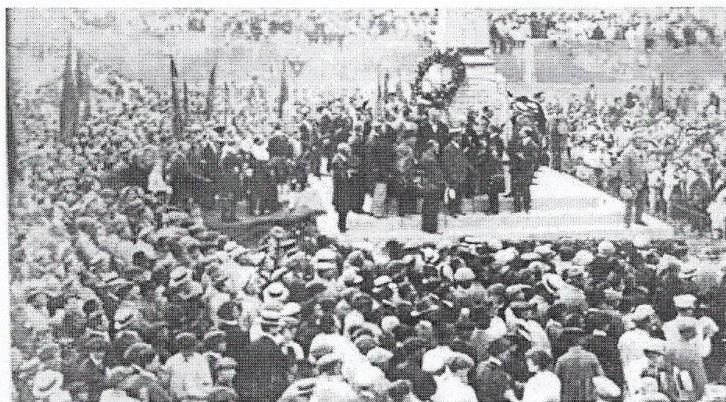
Gaspar Blasco Teruel, padre de Vicente Blasco Ibáñez, adquirió uno de los solares que el Ayuntamiento de Burjassot sacó a subasta, y en el que construyó un edificio de dos plantas con una torre miramar desde la que se divisaban unas vistas privilegiadas sobre los Silos, la plaza (entonces en proyecto y en la que todavía se conservaban algunas cuevas) y la huerta:

*Los convidados de doña Manuela veían a poca distancia los famosos Silos de Burjasot, gigantesca plataforma de piedra, cuadrada meseta agujereada a trechos por la boca de los profundos depósitos y en la cual hormigueaba un enjambre alegre y ruidoso: corros en que sonaban guitarras, acordeones y castañuelas acompañando alborzados bailes; grupos de gente formal entregada sin rubor a los juegos de la infancia; docenas de muchachos ocupados en dar vuelo a sus cometas con grotescos figurones pintados, que al remontarse moviendo los inquietos rabos hacían el efecto de parches aplicados al azul cutis del infinito y daban al paisaje un aspecto chinesco de abanico o de pañolón de Manila.*

*.... Bastábales volver un poco la cabeza, y su vista caía sobre la inmensa vega, silenciosa y esplendente, con sus tonos verdes de infinitos matices, que deslumbraban, abriñantados por el sol de la primavera...*

Un minucioso trabajo de investigación nos ha permitido documentar que la vinculación con Burjassot del padre de Vicente, Gaspar Blasco Teruel, era mayor de lo que hasta ahora conocíamos ya que no adquirió un único solar, sino que fueron al menos dos, confirmando así las manifestaciones que la hija de Vicente, Libertad Blasco Blasco, plas-maba en su biografía, aún inédita:

*En 1880 don Gaspar ya había adquirido unas tierras en la parte alta de Burjasot, en Los Silos. En ellas edificó una casa de campo y un gran local que alquilaba a los almacenistas agrícolas. Asimismo, construyó en la plaza de la localidad otra vivienda, que tenía una*



*enorme chimenea revestida de azulejos en cuyo centro se leía, en mayólica azul, el nombre de su hija Pilar.*

La casa a la que se refiere es la que aún podemos contemplar, con su torre miramar, en la esquina de la calle Jorge Juan con la plaza de Emilio Castelar, donde tuvo su sede en Burjassot el PURA (Partido Unión Republicana Autonomista) en torno al cual se organizó el “blasquismo”; que más tarde albergaría la Biblioteca Pública Municipal, y que ha sobrevivido a la especulación urbanística de forma milagrosa.

La personalidad del joven Vicente Blasco Ibáñez va ligada a su vertiente política, que le llevaría con el tiempo a iniciar su actividad como periodista y más tarde como escritor, en una evolución lógica y natural en busca de nuevos instrumentos para difundir su ideario político.

Precisamente esa vertiente es la que le mantuvo en contacto con Burjassot cuando el paso del tiempo y sus crecientes obligaciones le llevaron por otros derroteros. Él sabía de la fidelidad de los burjassotenses, y volvía periódicamente a nuestra ciudad en busca del calor y el apoyo de sus gentes. Burjassot fue el escenario de algunos de sus encendidos y multitudinarios mítines. Podemos citar, por ejemplo, los efectuados en 1892, 1899, 1901, 1905 y 1907, y en la mayor parte de los casos coincidió con el cierre de la campaña electoral, sabedor de que “jugaba en casa”. Estos mítines tenían como escenario la plaza de Emilio Castelar, a la sombra del desaparecido obelisco a los Mártires de la Libertad, y muy cerca de donde hoy en día se levanta su estatua.

En 1919 la carrera de Vicente Blasco Ibáñez había alcanzado la cumbre. Había llegado hasta allí de una forma casual, o mejor habríamos de decir que era su destino. En 1903 la traición de Rodrigo Soriano había provocado una escisión en el republicanismo valenciano que llegaría a su punto álgido con el atentado sufrido por Blasco Ibáñez, en 1905, frente al Café de Iborra. Blasco manifestó que él no sería motivo para el derramamiento de sangre entre hermanos y a los pocos meses, en 1906, renunció a la política. Ese mismo año recibió la condecoración que le acreditaba como Comendador de la Legión de Honor de Francia (junto a su íntimo amigo Joaquín Sorolla) y el nombramiento de Hijo Adoptivo de la ciudad de Valencia.

Ese mismo año se puso de manifiesto una crisis personal provocada por la atracción que sentía hacia una mujer de la alta sociedad chilena a la que había conocido en Madrid, precisamente en el estudio de Sorolla, mientras éste le pintaba un retrato. Esa relación, entre otros motivos, le impulsó a iniciar su proyecto colonizador en la Argentina, a la que llegó invitado por el gobierno de aquel país para impartir un ciclo de conferencias. Ante el éxito de sus charlas, lo que debía ocuparle unos pocos días, se prolongó durante casi un año, en el que recorrió aquel inmenso país de un extremo

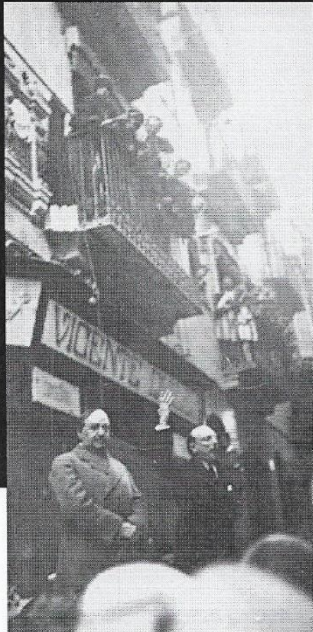


al otro. Al poco tiempo regresó para embarcarse en una utopía, la de poner en marcha dos colonias agrícolas (Cervantes y Nueva Valencia). Tras cuatro años aislado de la literatura, dedicado exclusivamente a sus colonias, Blasco Ibáñez regresó a Europa justo a tiempo de ser testigo del comienzo de la Gran Guerra europea (1914-18), en la que tomó parte como un “soldado de la pluma” al servicio de los aliados. De sus experiencias en este conflicto surgirá su novela Los cuatro jinetes del Apocalipsis y tras ella el éxito arrasador en los EE.UU. y el reconocimiento mundial.

Los vecinos de Burjassot se sumaron a los numerosos homenajes que se le tributaron, y le dedicaron la calle principal, la calle Mayor, que a partir de ese momento pasaría a llamarse de Vicente Blasco Ibáñez. Él no estuvo presente porque en ese momento se encontraba en los EE.UU., a donde había viajado reclamado por las grandes productoras de Hollywood, y donde permanecería hasta mediados de 1920.

Tal era la admiración que los valencianos sentían por Blasco Ibáñez que a su regreso de los EE.UU. la ciudad de Valencia organizó, en mayo de 1921, toda una semana de homenajes, en la que cada día estuvo dedicado a una de sus obras, que culminó con un gran desfile de carrozas que representaban sus principales novelas, y que cerraba una carroza presidida por un busto suyo coronado de laurel.

Uno de los actos destacados de aquella semana fue la inauguración de una placa conmemorativa colocada en su



casa natalicia, en la calle de la Jabonería Nueva (actualmente desaparecida). Lo que muy pocos saben es que en esa iniciativa jugó un papel destacado un vecino de Burjassot, Ángel Llácer, quien trabajaba en la redacción del diario "El Pueblo", y que fue el responsable de la confección de la placa, para lo que se hizo cargo de recaudar los fondos (procedentes de donaciones) y de encargar su confección al prestigioso escultor Julio Vicent Mengual. Como tantos otros vestigios de la admiración que le profesaban los valencianos, esta placa fue destruida tan pronto como las tropas franquistas tomaron la ciudad de Valencia.

Queremos aprovechar esta ocasión para agradecerle a sus descendientes la valiosísima documentación que nos han facilitado, que arroja nueva luz sobre este capítulo, y que daremos a conocer próximamente.

Sin embargo, el símbolo más conocido de la admiración de Burjassot hacia Vicente Blasco Ibáñez es, sin duda, la estatua que hoy en día se levanta en su

honor en el Paseo de Concepción Arenal, obra del ya mencionado escultor Francisco Marco Díaz-Pintado. Lo que pocos burjassotenses conocen es que su origen se remonta a 1931, cuando un concejal republicano, Federico Mor Llorca, propuso iniciar una suscripción pública para sufragar un monumento con el que honrar su memoria, creándose una Comisión "Pro Monumento a Blasco Ibáñez". Para entonces, Blasco Ibáñez ya había fallecido, en el exilio, el 28 de enero de 1928. La muerte le encontró en su villa de Fontana Rosa, en la ciudad francesa de Menton. Ante la imposibilidad de regresar a España, Blasco había adquirido diversas propiedades con la intención de reconstruir en plena Costa Azul francesa, muy cerca de la frontera italiana, un rincón de su amada Valencia, en una ladera con vistas sobre el Mediterráneo, el mar que tanto amó.

Tampoco es muy conocido que la portada que daba entrada a la Villa de Fontana Rosa (y que aún se conserva en la actualidad) estaba presidida por tres retablos cerámicos que represen-

tan a tres de los escritores más admirados por Blasco: Cervantes (que ocupa la posición central), Dickens y Balzac; y que dichos retablos son obra de otro vecino de Burjassot, el ceramista Julio Llopis Garrido.

Precisamente, Julio Llopis Garrido fue Secretario de su hijo Mario, que se estableció en Burjassot, donde adquirió una casa con jardín, recayente a las calles Colón e Isabel la Católica (hoy desaparecida). El jardín de esta casa estaba presidido por un busto de Vicente Blasco Ibáñez elaborado por el reconocido escultor Víctor Hino, y se convirtió en la meta de una nueva peregrinación, la de los "blasquistas", que cada año, coincidiendo con la fecha de su fallecimiento, se desplazaban hasta allí para rendirle homenaje. Este acto contaba asimismo con la presencia de representantes de nuestro Ayuntamiento. Lógicamente, esta costumbre se erradicó tras el final de la Guerra Civil, si bien, de forma privada, fueron muchos quienes continuaron esa tradición, hasta la muerte de Mario, ocurrida precisamente en esta casa, en 1962.



En 1933, cinco años después de su fallecimiento, y en plena II República, su hijo Sigfrido quiso aprovecharse del enorme prestigio de su padre y para apuntalar su carrera política impulsó la repatriación de sus restos desde Menton hasta Valencia. Esta iniciativa contó con un enorme respaldo popular, ya que Blasco Ibáñez había sido una de las figuras que más se había destacado en defensa de la República, hasta el punto de jugarse su prestigio y su fortuna en una campaña contra la Dictadura del General Primo de Rivera, quien había encabezado un último intento por mantener la desprestigiada monarquía de Alfonso XIII.

En aquel momento Blasco Ibáñez (1924) ya gozaba de fama, éxito y fortuna, y aún a sabiendas de que tenía poco que ganar y sí mucho que perder, no dudó ni un momento en respaldar a los intelectuales españoles exiliados en París (Unamuno, Eduardo Ortega y Gasset, Carlos Esplá, ...) en su lucha contra la dictadura. Esa campaña le costó a Blasco Ibáñez no solo un enorme desgaste personal y económico, también le costó un consejo de guerra (y la consiguiente solicitud de extradición a Francia), un sillón en la Real Academia de la Lengua y... el premio Nobel de Literatura, que ya estaba "cantado", y que no obtuvo al no contar con el respaldo del gobierno español, condición imprescindible para su nominación. Blasco prefirió mantenerse firme en sus principios que renunciar a ellos y "venderse" a cambio de ser investido con el máximo galardón que puede recibir un escritor, el premio Nobel.

Como decíamos, 1933 fue un año intenso, y el Ayuntamiento de Burjassot se sumó, como no podía ser de otro modo, a esos homenajes. En enero, además de expresar su pésame a la familia, participó en el homenaje que se le rindió ante el busto que presidía el jardín de la casa de Mario Blasco, y ordenó que las banderas del Ayuntamiento ondeasen a media asta, en señal de duelo, coincidiendo con las fechas de su nacimiento y muerte (29 y 28 de enero, respectivamente). Y en agosto acordó asistir a los actos previstos con motivo del regreso de sus restos, al tiempo que contribuía a los gastos de instalación de un arco de triunfo, y encargaba un corona floral (para ser concretos un triángulo, símbolo claramente masónico) con la que el PURA local se sumaba a las innumerables muestras de afecto hacia el "maestro".

Aquella iniciativa de levantar un monumento en memoria de Vicente Blasco Ibáñez en un lugar destacado, en pleno centro de Burjassot, tomó forma con la colocación de la primera piedra, acto que tuvo lugar el 10 de febrero de 1935, si bien, dadas las circunstancias excepcionales derivadas del estallido de la Guerra Civil, dicho monumento no se inauguró hasta el 17 de abril de 1938, en plena contienda, y como no podía ser de otro modo, el acto se cerró con un desfile militar.

A estas alturas a nadie le sorprenderá saber que tras la victoria de los golpistas y la entrada de las tropas de Franco en nuestra ciudad, una de sus primeras ocupaciones fue destruir dicha estatua, y sus fragmentos fueron arrojados a una



escombrera, de la que fue recuperada por unos marmolistas con la intención de reutilizar la materia prima con la que estaba esculpida. Por una de esas casualidades del destino los fragmentos no se reutilizaron, y en la década de los 80, tras la llegada de la democracia a nuestro ayuntamiento, varios concejales (en especial Eduardo Pastor (PSOE) y Agustín López (PCE)) se interesaron por su destino y tras numerosas pesquisas consiguieron dar con ellos, y se pudo reconstruir en su totalidad. Gracias a esas gestiones hoy podemos disfrutar de nuevo de una escultura que aúna a dos grandes personajes vinculados a nuestra ciudad, de una parte a su autor, el escultor Francisco Marco Díaz-Pintado, que fue director y uno de los grandes impulsores de la Escuela de Artes y Oficios de nuestra ciudad; y de otra Vicente Blasco Ibáñez, un personaje multifacético e irrepetible cuya obra política y literaria marcaron el final del siglo XIX y todo el primer tercio del siglo XX en Valencia.

Dada la limitación de espacio de este artículo hemos tenido que dejar a un lado multitud de datos que no hacen sino remarcar la vinculación de Blasco Ibáñez con Burjassot. La existencia de una activa Agrupación femenina republicana "María Blasco" (en homenaje a su esposa, María Blasco del Cacho), que desarrolló una importante actividad en los años 30; el Centro republicano "El Ideal", que tras numerosas vicisitudes sobrevivió al franquismo para llegar hasta nuestros días; la creación, a partir de 1994, de un Centro de Estudios Vicente Blasco Ibáñez, que tenía su sede en la Casa de Cul-

tura de nuestra ciudad, que contó con un fondo documental excepcional, y que de haber continuado hubiera situado a nuestro municipio como un referente en la recuperación de la memoria de este insigne valenciano. En su lugar, y ante la falta de apoyo municipal, se creó la Fundación Centro de Estudios Vicente Blasco Ibáñez, de titularidad privada, y que en este momento es la titular del valiosísimo fondo documental legado por la nieta del novelista, Gloria Llorca Blasco-Ibáñez, y por el bibliófilo Ricardo Bolinches, y que está depositada en su Casa-Museo, ubicada en la playa de la Malvarrosa, de la que es titular el Ayuntamiento de Valencia.

Durante el corto período de tiempo (1994-1998) que Burjassot fue sede del Centro de Estudios Vicente Blasco Ibáñez nuestra ciudad se hermanó con la de Menton (Francia), última residencia del escritor, y en el que existe un revitalizado Centro de Estudios dedicado a él.

Para concluir, queremos invitar a todos los burjassotenses, a los valencianos en general y a las instituciones que los representan a participar en los actos que se desarrollarán a lo largo de 2017 para rendir homenaje a uno de nuestros valencianos más universales, Vicente Blasco Ibáñez, quien supo llevar como nadie el nombre de Valencia por todo el mundo y fue un referente durante todo el primer tercio del siglo XX. Nuestro homenaje será la edición de un libro que, de una forma estructurada y rigurosa, dé a conocer las múltiples vinculaciones que Blasco Ibáñez mantuvo con Burjassot.